

VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La mayoría de los que amamos a alguien que lucha contra la adicción, nos hemos enfrentado a una pregunta difícil: ¿cuándo debemos decir las cosas y cuándo debemos dar un paso hacia atrás? Podemos sentir preocupación de que alguien se aleje si le decimos mucho; o que decir poco puede percibirse como mantener el silencio ante algo que está causando daño. La recuperación familiar nos enseña que el amor requiere tanto de honestidad como de humildad.

Las lecturas de este domingo hacen evidente esa tensión. En la primera lectura, el Señor nombra a Ezequiel como centinela y le indica que le advierta a los demás cuando el peligro esté cerca (Ezequiel 33:7-9). En el Evangelio del domingo, Jesús da a sus discípulos un proceso claro para atender los daños: *“Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas.”* (Mateo 18:15).

Hay que darse cuenta de lo que Jesús no dice. No nos dice que avergoncemos a los demás, que regañemos, que juntemos aliados, ni que repitamos lo mismo hasta que la otra persona finalmente acepte. Él comienza diciendo que se requiere una conversación directa y privada. El objetivo no es el control. Jesús dice: *“Si te escucha, habrás salvado a tu hermano.”* (Mateo 18:15). El propósito es la restauración.

Esto es muy importante en la recuperación familiar. Muchas veces somos tentados a ir hacia uno de los dos extremos. Puede ser que evitemos conversaciones honestas porque tememos el conflicto, el rechazo o una crisis posterior. O podemos centrarnos tanto en cambiar a la otra persona, que cada conversación se convierte en una persuasión, supervisión o presión. Ninguna de estas dos formas conduce a la paz. Una deja sin decir la verdad que importa; la otra, nos hace volver a adoptar el agotador papel de intentar hacer que otra persona cambie.

Decir la verdad con amor significa tener claro lo que vemos, lo que hemos experimentado y en qué podemos o no participar.

Puede implicar señalar el impacto de la confianza rota, negarse a aceptar las consecuencias de otros o establecer un límite sobre comportamientos dañinos. También puede significar permitir que la otra persona esté en desacuerdo, se enfade o rechace la ayuda que estamos esperando que acepte.

Ahí es donde entra la humildad. Somos responsables de hablar con honestidad y actuar con fidelidad. No somos responsables de generar la disposición de otra persona. Una vez que hemos dicho lo que hay que decir, la recuperación nos invita a entregar el resultado a Dios. Repetir la misma advertencia, comprobar si se cumple o intentar forzar un cambio, puede convertirse en otra forma de control.

En la segunda lectura, San Pablo nos da un parámetro útil: *“Quien ama a su prójimo no le causa daño a nadie. Así pues, cumplir perfectamente la ley consiste en amar.”* (Romanos 13:10). El amor no significa mantener a todos cómodos. En ocasiones, el amor implica decir la verdad. En otras ocasiones, el amor significa alejarse y permitir que las consecuencias se presenten. Los límites sanos no son castigos. Pueden ser una manera de rehusarse a participar en conductas que mantienen a todos atrapados.

Jesús también nos recuerda que no debemos cargar esto solos. *“Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos”* (Mateo 18:20). La recuperación familiar nos brinda una comunidad en la que podemos poner a prueba nuestras motivaciones, aceptar otra perspectiva y aprender de quienes entienden la tensión entre ayudar y controlar.

A veces necesitamos valor para hablar. A veces necesitamos moderación después de haber hablado. A veces somos nosotros quienes necesitamos escuchar que nuestro propio temor, salvación o resentimiento se ha convertido en parte del problema. La recuperación da el espacio para que todas estas verdades se presenten.

Cristo está presente cuando la honestidad y la misericordia permanecen juntas. No podemos salvar ni arreglar a las personas que amamos, pero sí podemos hablar con sinceridad, actuar con integridad y confiarlas a Aquel que puede llegar a los lugares dentro de ellos a los que nosotros no podemos llegar.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué situaciones te sientes tentado actualmente, ya sea a evitar una conversación honesta o seguir haciendo lo mismo para forzar un cambio?
- ¿Cómo puedes distinguir la diferencia entre decir la verdad con amor y tratar de controlar la recuperación de otra persona?
- ¿Qué consecuencia relacionada con alguien a quien amas estás llamado a dejar al cuidado de Dios de manera más plena?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Ezequiel 33:7-9

SAL. RESP. Salmo 95:1-2, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA Romanos 13:8-10

EVANGELIO Mateo 18:15-20